



EL AMARGO  
E SABOR DE LAS  
CENIZAS

ALFONSO PÉREZ ROMERO

R.

---

---

---

*No me preguntes por qué escribo.  
Por la misma razón que limpio  
mis gafas cuando están sucias.  
Me niego a caminar ciego por la vida.*

---

---

---

# I

GRACIANO metió el dedo medio y anular entre sus labios y dio el silbido de pastor con el que convocaba a su amigo Elpidio a la ronda diaria de reparto de currículos. En la pequeña terraza del cuarto piso ondeaban los trapos de cocina, cogidos a un alambre con alfileres, como viejas enseñanzas domésticas con las que mostraban al vecindario su situación de extrema pobreza. Unos minutos tardó en encenderse la luz en el salón y en aparecer la voluminosa silueta de Elpidio entre hojas de macetas y jaulas vacías de pájaros. Tenía los pelos de punta y se frotaba los párpados entre bostezos, mientras movía la palma de las manos hacia abajo, como un obispo que recomendara a sus fieles templanza para alcanzar el cielo. Vestía un horrible pijama a rayas, lo que le confería un sórdido aire de intrépido presidiario, a punto de saltar el muro de la cárcel y perderse en la oscuridad de la noche. Graciano esbozó una sonrisa de complicidad, como admitiendo que aceptaba la penitencia de la espera sin desagrado. Sabía que su amigo era un hombre metódico y que no bajaría hasta haber cumplido con los trámites del aseo y dado un beso de despedida a su hijo de

---

cinco años. No dejó de mirar hacia la terraza y sonreír hasta que vio desaparecer su silueta tras la puerta del balcón; entonces, anduvo unos metros sin orientación, cruzando de una acera a otra y regresando sobre sus pasos, como si solo pretendiera caminar un poco para combatir el frío. Llevaba puesto un grueso jersey de lana y una chamarreta, pero la humedad era muy intensa y se filtraba por el tejido desgastado por los lavados y el uso. Con una carpeta azul de gomas bajo el sobaco y las manos hundidas en los bolsillos, elevó la mirada hacia el cielo y observó que grises y negros se alternaban en un lienzo gaseoso. El amanecer era solo un espejismo de la memoria. Febrero había llegado al calendario con frío y aguaceros, un clima desagradable que hacía aún más incómodas sus largas caminatas por las fábricas de la ciudad.

Graciano buscó refugio en los soportales de un bloque abandonado. Las rachas de aire frío le habían rizado la piel de su rostro y manos. Le daba aprensión aquel lugar, en el que los yonquis y traficantes del barrio solían reunirse para sus trapicheos con las drogas. A su espalda, el resplandor de una fatigada bombilla dejaba al descubierto un rastro de inmundicia sobre el firme de cemento. Una pátina de mugre recubría las paredes, en las que se adivinaban, entre desconchones, los negros trazos de pintadas políticas reivindicativas e imaginativos grafitis con la tinta desleída por la humedad. Había troncos quemados en círculos de piedras, cartones, latas, plásticos y vidrios rotos, desparrramados por el suelo.

---

El castañeteo de dientes precedió a un escalofrío que le sacudió todo el cuerpo y le dejó con la sensación de que acababan de arrojarle un cubo de agua helada sobre la cabeza. Encogió los hombros y respiró hondo, tratando de insuflar un poco de aire caliente a sus enfebrecidos huesos. Después, dejó resbalar la mirada hacia los adoquines, mientras lamentaba, con un leve cabeceo, la complicada situación que atravesaba su vida. El azar le era muy esquivo. La última semana había sido dura y decepcionante. La ausencia de frutos a su esfuerzo diario mellaban su ánimo y había días en los que contemplaba el fracaso casi con resignación. Se veía a sí mismo como un insignificante muñeco de carrusel, obligado a dar vueltas sin sentido buscando un empleo que no existía.

A Elpidio se le encendía la sangre cuando escuchaba estos argumentos:

—¿Qué quieres, que me quede en casa esperando el desahucio?

Graciano le escuchaba desfogar en silencio. Conocía la situación tan precaria que pasaba su amigo, que tenía una mujer y un hijo que mantener, un piso hipotecado y solo ingresaba un subsidio de unos cientos de euros. Lamentaba que sus palabras lo sacaran de quicio, pero era cierto que la edad los había dejado fuera del mercado laboral. Era inútil engañarse. Los empresarios querían gente joven, para hacerles contratos bonificados y pagarles el salario mínimo. Le daba lo mismo que no tuvieran la experiencia y los conocimientos que tenían ellos.

---

Elpidio se irritaba cuando le escuchaba decir que no podían competir con muchachos con el título de FP, porque ellos no tenían ni un triste diploma, aunque les hubiera salido los dientes instalando cuadros eléctricos. Era muy sensible a las palabras de desánimo. Le rebrincaba pensar que su familia tendría que pasar el resto de su vida viviendo de un subsidio y que el banco le podía desahuciar de su pequeño piso en cualquier momento.

En los bolsillos de su recosida chaqueta no quedaba tabaco, solo un mechero y unas cuentas monedas que recontó con avaricia. En total, juntó sobre la palma de la mano dos euros y cuarenta céntimos en calderilla. Ahora tocaba decidir el destino que le daba a aquella pequeña fortuna, a la que habría que sumar lo que aportara Elpidio, si es que aportaba algo, porque últimamente a la Paca, su mujer, tampoco le salían trabajos de limpiadora o cuidando ancianos. Lo normal era que renunciaran a tomar el autobús y se desplazaran andando a algún polígono industrial. Así la calderilla la podrían dedicar a comprar cigarrillos sueltos. El presupuesto diario no daba para más.

Graciano consulto el reloj de su teléfono móvil. Lo tenía sin saldo, pero al menos le servía para conocer la hora y por si lo llamaban para algún trabajo. No había ocurrido en los dos últimos años, pero la posibilidad de un milagro estaba ahí y no tenía por qué poner zancadillas al destino. Faltaban cinco minutos para las ocho. Elpidio no tardaría en aparecer en el portal.

---

Había comenzado a chispear. Las minúsculas gotas de agua caían sobre los tejados con un crepitar monótono, dejando un efímero brillo en el cono de luz de las farolas. La niebla ensombrecía la silueta de quienes a esa hora se dirigían con premura a sus trabajos. Reconocía a cada uno por su forma de caminar, de fumar, o por el modelo del coche o furgoneta que conducían. Algunos eran comerciantes del barrio que volvían de comprar en el mercado de mayoristas y ahora les tocaba descargar la furgoneta y colocar los productos en su pequeña tienda de frutas o pescados. Los miraba pasar con sana envidia, porque tenían un trabajo y unos ingresos que dignificaba su existencia, aunque en la barra del bar se quejaban de lo mal que estaban las ventas. Graciano sabía que sus quejas eran simples desahogos de modestos tenderos que, aún con dificultades, comían caliente todos los días y pagaban sus facturas.

Graciano volvió a sentir un seco escalofrío y pensó si no estaría incubando una gripe. El castañetear de dientes preludiaba una mañana desagradable. Cerró los ojos, levemente mareado y, cuando los volvió a abrir, la imagen de Elpidio, brumada por la niebla, se le reveló como una espejismo provocado por las décimas de fiebre. Su amigo lo buscaba con la mirada a un lado y al otro de la calle. Parecía un tanto desconcertado, al no encontrarlo aguardando en el sitio de siempre. Abandonó las sombras de los soportales y le dio una voz, mientras avanzaba a su encuentro. Elpidio lo esperaba con la cabeza agachada, casi encorvado. Hacía

---

pantalla con la mano a la llama del mechero, mientras encendía un cigarrillo. Apenas si prestó atención a su llegada, pero cuando lo tuvo cerca, sin mirarlo, sacó del bolsillo de su vieja cazadora vaquera un cigarro y se lo ofreció:

—Toma— dijo, extendiendo el brazo, convencido de que su amigo no rechazaría tan generoso ofrecimiento —. La Paca limpió una casa ayer y le robó unos pocos al señorito— apuntilló.

Graciano aguardó con el pitillo entre los labios a que su amigo le ofreciera fuego. En el resplandor azulado de la llama, la lividez del rostro del Elpidio y sus pronunciadas ojeras, revelaban un estado anímico muy bajo. Lo conocía bien. Era un hombre ocurrente y chisposo, capaz de crear buen ambiente hasta en un velatorio, pero llevaba varios días con el carácter trastornado. A Graciano le daba pena verlo tan taciturno. Ya no sabía qué tecla tocar para arrancarle una sonrisa de los labios.

Echaron a andar calle abajo, envueltos en un incómodo silencio. Graciano sospechaba que no iba a ser una mañana entretenida. Su amigo ni siquiera llevaba encima la carpeta con los currículos, pero no era el momento para preguntarle si la había olvidado con las prisas. No había ni rastro del Elpidio que regalaba optimismo y alborotaba la tranquilidad del amanecer con su vozarrón de tendero de feria. Lo espiaba de reojo, atento a la expresión de su rostro, donde se reflejaba con claridad su disgusto. Estaba convencido que en algún momento haría algún comentario sobre los motivos que le agobiaban. Sabía que con Elpidio era

---

fundamental tener paciencia, dejarlo madurar hasta que se diera cuenta de que tenía que hablar para desahogarse. No era la primera vez que se utilizaban el uno al otro como paño de lágrimas.

Los dos amigos avanzaban con la cabeza inclinada y las manos hundidas en los bolsillos, para combatir mejor las rachas de aire frío que percutían contra su rostro. No se escuchaba más que el crujido de sus zapatos sobre el asfalto. A ratos, Graciano carraspeaba y Elpidio le respondía con toses, como si toser y carraspear formara parte de vocabulario con el que se comunicaban en secreto.

La densa niebla apenas si les permitía distinguir la silueta de los edificios que se levantaba a sus costados. El guiño de algunas luces en los recuadros de las ventanas ponía un punto de humanidad en la oscura y solitaria calle. Había algo quijotesco en la figura de los dos hombres, en parte por su desigual complejión y estatura, pero sobre todo por el idealismo con el que afrontaban cada día el difícil reto de encontrar un empleo. Graciano era más alto, más flaco y esbelto que Elpidio, y más joven de carácter y aspecto. Tenía la piel pálida, el cabello negro y ondulado y lucía una hermosa perilla de arpista italiano. Le apodaban 'Poeta', no por su inexistente propensión a recitar gorgoritos, sino por su aspecto de noble y seductor poeta en desuso. Elpidio era bajo, rechoncho, patizambo y serio. Una abundante papada le desfiguraba la barbilla, sobre la que se perfilaba una barba rala y pertinaz, refractaria al empuje de las cuchillas más afiladas. De barriga generosa,

---

en su carácter dominaba la tosquedad de sus modales y la procacidad de su vocabulario. Era espontáneo y sincero, salvo cuando entraba en barrena, que se volvía retraído y hosco, hasta hacer desagradable su trato. Eran amigos desde la adolescencia y se complementaban bien. Habían compartido sueños juveniles, la bonanza económica de la burbuja de la construcción y las dificultades laborales de la crisis y, a pesar de que discutían y se dismutaban a menudo, no sabían vivir el uno sin el otro.

En el bolsillo del pantalón, la calderilla sonaba a cada paso como si le estuviera reclamando un destino inmediato. Graciano giró la cabeza y vio el resplandor de las luces del bar los Cuñados y escuchó el lejano alboroto de los clientes, camioneros y tenderos que a esa hora tomaban café o el desayuno. Se le vino a la memoria imágenes de una época en la que también ellos paraban allí, cuando iban camino del trabajo. Sin apartar la vista del luminoso, dijo:

—Venga, ‘Cabezón’, te invitó a un café, como en los viejos tiempos.

Elpidio se detuvo en seco y se quedó mirándolo a los ojos, como si dudara que le estuviera hablando en serio.

—¿Tienes pasta, ‘Poeta’?— preguntó.

Graciano le respondió con una sonrisa y una palmadita en el hombro, animándolo a caminar hacia la puerta del bar. Al entrar, los clientes respondieron a sus buenos días con saludos y comentarios sobre lo desapacible que había amanecido la mañana. Graciano los conocía a todos. Uno era José, el carnicero, que continuaba con su vieja costumbre

---

de beberse un carajillo antes de abrir el negocio. Otro era Rafael, un jubilado que padecía de insomnio y que se pasaba las madrugadas paseando por las calles del barrio, haciendo las funciones de los antiguos serenos. Al tercer hombre le llamaban Herrera, era el transportista del barrio y había convertido la taberna en su centro de operaciones. Hasta allí iban a buscarlo las personas que necesitaban sus servicios.

Graciano pidió dos cafés bien cargados, mientras se rebuscaba en los bolsillos y dejaba sobre el mostrador lo que parecía el botín de una mala jornada de mendicidad. Elpidio sacó dos cigarrillos y le ofreció uno a su amigo. Después le acercó la llama del mechero, mientras Agustín, el camarero, dejaba dos humeantes vasos sobre la barra y recogía la calderilla barriéndola hacia la palma de la mano y la echaba sin contarla a la caja registradora. Graciano sonrió satisfecho, dio una calada al cigarro y un corto buche de café. Le preguntó a su amigo si recordaba la época en la que tenían una nómina fija y se podían permitir el lujo de desayunar todas las mañanas. Elpidio asintió con la cabeza. Parecía como si se le hubiera suavizado un poco la expresión nublada de su rostro.

—También tomábamos cañas al salir del trabajo, ¿te acuerdas, ‘Poeta’?— dijo Elpidio, esbozando una desgana sonrisa.

Se quedaron unos segundos en silencio, mirándose a los ojos, como si cada uno buscara en la mirada del otro una explicación a tanta desgracia. El soniquete musical de

---

la máquina tragaperras les distrajo un momento de sus cavilaciones. Los dos amigos se miraron a los ojos sin decir nada, como si ambos coincidieran en el recuerdo de que también ellos, como ahora Herrera, se habían dejado muchas monedas en aquel diabólico invento.

—Eran otros tiempos— dijo Elpidio, mientras daba por sentado que habían sido unos irresponsables al pensar que el trabajo nunca les iba a faltar. Después dio una última calada el cigarro, arrojó la colilla al suelo y la aplastó con la punta del zapato, con un zigzaguo nervioso. Se rascó con las uñas la barba del mentón y con un tono de voz que excluía de la conversación al resto de clientes, dijo que ahora le tocaba vivir tiempos de penurias y pesadillas.

—¡Qué te voy a contar, 'Poeta', que tu no sepas— dijo a modo de conclusión.

Graciano asintió con la cabeza. Sospechaba que lo único que necesitaba su amigo era a una persona cercana que lo escuchara y supiera entenderlo. Asumió su papel de confesor y trato de insuflarle algo de optimismo. Le dijo que corrían tiempos en los que todo el mundo tenía dificultades para llenar el frigorífico y llegar a final de mes. Sin ir más lejos, él tenía que vivir de la pensión de su madre, y de ahí tenían que pagar luz, comida y medicamentos. Lo pasaba mal, pero sacaba fuerzas para que la vieja no lo notara. Estaba enferma, bastante tenía ella con lo suyo.

Elpidio lo dejó hablar sin modificar su expresión sombría. Cuando vio que Graciano se quedaba en silencio, retomó su discurso en el mismo punto que lo había dejado.

---

Con un tono de voz en el que era evidente el bochorno que sentía, dijo que el dinero del subsidio no le alcanzaba para dar de comer a su familia y pagar las deudas. Los trabajos esporádicos de limpieza que realizaba su mujer eran una ayuda para tapar agujeros y poco más. No quería dar pena a nadie, pero muchas noches se acostaba con el estómago vacío, porque para él, lo primero era que el niño y la Paca no sufrieran privaciones.

—A veces lo único que cenó es un trozo de pan seco y te juro, ‘Poeta’, que me sabe a gloria— dijo, tirando de orgullo, elevando un poco el tono de voz, que había comenzado a ser un suave murmullo.

Graciano no quiso intervenir. Entendía que Elpidio se estaba desahogando y que había que dejarlo llegar hasta el final. Después trataría de insuflarle un poco de optimismo para que no se sintiera tan triste y descorazonado. Lo vio parpadear nervioso, cuando le confesó que de la hipoteca del piso ya tenía tres recibos impagados y casi todos los días recibía cartas y llamadas intimidatorias del banco. Eran tipos desagradable, con muy mala baba, que sabían cómo ponerle el corazón en un puño. Pasaba muchas noches desvelado, con la mirada perdida en el techo del dormitorio, pensando en el futuro de la mujer que dormía a su lado y el del hijo que descansaba en la habitación contigua. ¿Qué sería de ellos si la entidad les quitaba la vivienda? No dejaba de pensar en estas cosas ni siquiera cuando la fatiga le obligaba a cerrar los ojos. En el duermevela, las imágenes

---

del desahucio seguían bailando en su retina como un inquietante augurio. Todo parecía tan real e inmediato que solía despertar con brusquedad, con la boca seca y el corazón acelerado. En unos días tendría que hacer frente a un nuevo vencimiento para el que no disponía de dinero. Ya no tenía a quién sablear, ni familiares con posibles que pudieran ayudarlo. En noches así, se le formaba un nudo en la garganta que le dificultaba tragar saliva o respirar. Los detalles del lanzamiento se le revelaban con nítida crudeza. Veía a la Paca despeinada, lívida, cabizbaja, abandonando el piso, escoltada por la policía. Apretaba al niño contra su pecho, como si quisiera protegerlo de aquellos hombres uniformados, de rostros adustos y gestos intimidatorios, que le abrían paso entre la gente. Los gritos de solidaridad de los vecinos se escuchaban en todo el barrio. Eran los miembros de la plataforma anti desahucios que, además de increpar a los agentes, vociferaban consignas contra los políticos y los bancos. Dijo que así había visto que sucedía cuando desahuciaron a otros vecinos de la barriada. Si se resistían, hacían saltar la cerradura de la vivienda y le ponían los muebles en medio de la calle. No quería ni pensar en que pudiera llegar el día en que su familia tuviera que depender de la caridad de los vecinos para poder comer o dormir bajo techo. Reconoció que a veces las ideas calaban en los sentimientos y se le humedecían un poco los ojos. Se los secaba con el dorso de la mano, o con un pico de las sábanas, mientras llenaba de suspiros la oscuridad del dormitorio.

---

La melodía de la máquina tragaperras y el ruido de las monedas al caer sobre la chapa metálica descentraban a Graciano. Apuró de un trago el resto del café y se pasó el dorso de la mano por los labios. No era la primera vez que Elpidio le hablaba de sus problemas económicos, pero nunca lo había hecho con tanta claridad, poniendo al descubierto su fragilidad de ánimos y sus miedos. El silencio se fue alargando entre los dos, mientras evitaban mirarse a los ojos. Graciano le puso la mano sobre el hombro y le dijo que no se preocupara tanto, que saldrían adelante juntos, como habían hecho siempre. Le pidió un vaso de agua al camarero y se lo bebió de un trago. Miró a los ojos a su amigo y, con un tono de reproche, le dijo que su problema era que pensaba demasiado.

—Elpi, pensar por pensar, sin hacer nada, no resuelve los problemas— puntualizó, sin ánimo de polemizar, solo para dejar claro que conocía la naturaleza de su mal —. Tienes que intentar ser más positivo— le recomendó.

Elpidio asintió con la cabeza. Admitió que no podía apartar el desahucio de su cabeza. Era una obsesión que lo perseguía sin concederle un respiro de tregua. Pero ¿qué otra cosa podía hacer, salvo salir cada mañana a buscar trabajo?

—¿Quieres que atraque un banco?— preguntó, enfurruñado. Y añadió—: Si te digo la verdad, ‘Poeta’, no lo descarto.

Graciano se quedó mirando a su amigo con semblante muy serio. Lo conocía bien. No había hablado en broma.